
LAS REDES DE SIEMPRE

(Fragmento de novela)

Ganadora del Premio Guillermo Meneses, organizado por José Napoleón Oropeza la Dirección de Cultura de la U.C.V. Caracas

Sólo quedaba entonces caminar también por la ciudad mojada, llegar hasta el Café y seguir buscando en todas partes de una calle a otra buscar entre la gente al perro que pasa y que mueve la cola como tú lo piensas el perro que seguramente vendrá atado seguido por su amo de una esquina a otra de un lado a otro de esta calle el tránsito no cesa la lluvia que no acaba y tú tampoco te detienes ni te vuelves sobre tí: siempre de un lado a otro dando vueltas por toda la ciudad hasta la madrugada como hasta ayer se lo decías al Negro Alvarez: si estoy pensando a Kroc es porque las personas reales que pueden darme el personaje sólo pueden existir en mi imaginación que sueña esa escritura intensa que pueda contener todos los elementos de su ser: la escritura entonces quedaría en libertad para entregarse al sueño y escapar de toda forma que quiera aprisionarla, una forma se me impone entonces: la ferocidad desequilibrada de quien mira y recuerda y trata siempre de encontrar puntos de contacto con la ciudad o con el mismo Kroc: cosas simples y cosas importantes aún sabiendo que nada puede tocar ni nada permanece pues cada vez que busco agarrar algo salta otro tiempo en que la vida sigue ha-

cia adelante a lo largo de los días y otras calles o acaso las mismas calles, las mismas gentes y los mismos bares ardiendo en mi imaginación con todo aquello que quise retener: una palabra, un cuarto, una fotografía que, continúa, es siempre ella misma consecutivamente, pero que sin embargo en tu interior se agita a una velocidad tal que produce la idea de una acción continua como el mismo parpadeo de las hojas en esa calle de árboles en un día lluvioso, gris que abre el espectáculo, pero una calle de árboles en un día lluvioso, gris, lo cierra y entre esas dos calles no ha pasado nada sino que ha crecido el tronco de ese sueño, el caer natural de los segundos sobre un café o sobre la ropa empapada de lluvia y el tiempo detenido y la boca torcida del que adentro sueña el espejo o la realidad que termina cuando el personaje despierta y no ha pasado nada: está frente al Negro Alvarez y sólo ha dicho dos o tres cosas mientras veía caer las hojas y parpadear las otras, mientras cuenta historias que no se le han perdido y viven el tiempo de muertos habladores que creen que aún es tiempo de vivir y contar o de creer que en una esquina por lo menos habrá un perro seguido por su amo un perro que se cuelgue del cuello hunda sus colmillos en la carne, y dondequiera que vaya vaya el perro colgado de la sangre: yo que he pasado toda la vida hurgando entre fotos viejas, nunca he tomado la de un perro en mis manos, pero ¿he pensado en todos los perros, grandes y pequeños, desde los cuales he atisbado el amor y el miedo, radiante y bañado de sangre? Una imagen es un punto donde la mente se detiene entre tantas perspectivas. Si ahora fuese un niño dibujaría el perro y su dueño del mismo tamaño; a la misma altura colocaría la ventana que imaginas-te cuando antes piensas esas ventanas sencillas y barrocas desde las cuales, atisbas el amor y el miedo: formarías un amplio ventanal que abarque el mundo, un solo ojo, un solo instante y esa ventana descubrirá el mundo de un amor sin rostro: una ventana atiborrada de rizos cortados y de fotografías tomadas en los extraños lugares que hemos frecuentado y un perro vigilante, un perro que seguramente nos encon-

trará después de muertos, aunque hayamos sido sepultados en distintas fosas: seguir al perro desde allá, ya muerto veré esa gente que pretende amar, esa gente que cubre mi cadáver como si uno pudiera desprenderse de un cadáver, o que simplemente trata de partirme las patas, sacarme los colmillos para lucirlos en sus cuellos: así seríamos carroña los vivos y los muertos, así sus colmillos seguirán aferrados en su cuello: todo ha ocurrido en una calle sin nombre y en una casa que no tiene dueño tan solo el perro lo tenía porque él era su dueño y podía echar a galopar su fantasía, podía soltar el perro que llevaba adentro y echárselos al cuello, azuzárselos, morderles el cuello o una oreja que guardará en un cofre o en una tosca caja donde también esconde los miedos, las plumas que tuvo en los días en que no fue perro sino pájaro y veía cuando salían volando los pichones desde su gran pico y cómo daban vueltas esos pájaros o cómo brotaban los castillos desde las orejas que nunca pensó revestidos de pelos, arrastrándose al ritmo del olfato, husmeando en el sueño que exige de nosotros que seamos también la propia víctima: miramos al perro en busca de un secreto que no descubriremos de nada sirve que ladremos ni sigamos moviéndonos como él: el único signo posible de equilibrio son nuestros nombres; me llamo...y sólo yo sé de esta falacia, sólo tú sabes que eres ahora una mala versión de uno de esos yos que son borrados incesantemente por ese otro yo que ahora desplazaría a ese que imaginaste antes, si el perro, por ejemplo, saltase y subiese sobre tus rodillas o si dieras atrás vuelta y te echases al suelo y te colocaras nuevamente en el nivel del perro: uno de los dos mordería al otro o no lo mordería, simplemente avanzaría junto a él esperando que de un momento a otro se echara sobre mí y comenzáramos a aullar y a mordernos: por lo menos esa posibilidad debe darte fuerzas para seguir caminando mientras pones en orden las ideas y piensas que en esa esquina, en esa barroca esquina te asalta la imagen y en esa misma esquina ya se va borrando: tú habías desaparecido tras la ancha ventana y ahora sólo veía yo un campo, serenamente iluminado por el sol y cada hier-

ba mezclada con la lluvia y con las amapolas y con la imagen de la puerta o la ventana tras la cual te habías perdido para siempre: me agarraba a esta imagen y me balanceaba lentamente a lo largo de ella hasta que llegaban las otras imágenes, otra presencia imprevista de alguien extenuado de tanto caminar en busca de algún loco maniático que quiera conversar ahora que el sol parecía ocultarse tras la polvareda y comenzaba a amar el peso que trajo tu partida, comenzaba a amar su peso sin tocarla y se sentía incapaz de cambiarla de sitio: simplemente su ausencia. Yo debería dar otro paso, continuar: el círculo que ahora te posee será descompuesto por el primero que pase en el instante mismo en que venga el abandono, el desarraigo: el espacio también te dejará sin conservar la forma de tu cuerpo y por qué entonces correr a la otra esquina acelerar poner la cuarta dar el gran salto hacia lo verde si después de lo verde todas las hojas caen y lo único que queda es regresar a Kroc, pensar a Kroc como tú lo imaginas: alto, flaco, vestido de rojo, agitándose sobre el escenario, dando saltos durante hora y media entre telones negros y luego volver al silencio, al convencimiento de que un azaroso pasado se confunde con el otro Kroc: ése que imaginas vestido de negro, poblado de sombras, sentado en un Café durante horas, imaginando que ya el perro va a saltarte encima o que acaso, si él no fuese el perro comprendería el por qué de esa ansia de ver cada árbol cada imagen desde un ángulo distinto: si él no fuese el perro, él hubiese vuelto su propio rostro hacia sí mismo en el tiempo, del mismo modo que la imagen y el reflejo en el agua sólo pueden ser separadas por el cambio de hora: ahora entonces, podría estar a punto de convertirse en un ser humano, por lo que cada movimiento se reduce a la imagen de una experiencia olvidada: el perro entonces avanza entre los árboles buscando al Niño que se esconde tras los troncos, las lianas y las hojas: el hambre acosa a la presa y en los ojos del perro sólo se esconde la noche como se hunde la mano en el agua: un niño avanza entre sus garras y lo otro no es más que una simple envoltura de carne: en los ojos del perro yace el Niño y por ello el perro no podrá ser

hombre: un perro así propaga el contagio de la muerte y ante él, nos crispamos y somos capaces de morderlo (a él que también nos mordería) pues sólo así podemos acercarnos a los muertos, sólo así podrás ir tranquilo por la calle sin preocuparte más del perro ni de la figura que se asoma al iris: en el interior del ojo el perro muestra la mancha roja que cubre su pupila, pero tú nunca podrás saber si en la mancha que en el tuyo descubres yace el perro y la única salida, no obstante, las hallas en la idea de seguir buscando al perro en todas partes, repitiendo las huellas de su otra presencia, descubriéndolas en ése que marcha y atraviesa el puente: el puente existe allí desde hace mucho tiempo aunque tú no reconozcas ahora sus ropas en las tuyas, el puente está allí y ahora lo cruzas cuando oyes pasos en el agua, aquí en este silencio sobre el puente, cuando regresa lo otro, aquella infancia que nunca llegó a concluir: allí, sobre el puente, permaneces todavía. Cuando estás allí no existe ninguna salida, solamente puedes olvidarte de él: es entonces cuando te dices estoy vivo estoy despierto y te atormentas pensando en la idea del suicidio o en matar al Niño para siempre: es posible que lo entierren vivo y ya no puedo nunca salir de la tierra y cómo quitarse el pilanco de tierra cómo limpiar la boca manchada de sangre y dejar que El Niño que antes fuiste siga saltando de árbol en árbol, rama en rama, como un pájaro más: los árboles están ahí para cubrirlo el agua pasa, pero no lo baña: oyes sus pasos sobre el puente, cierras los ojos sueñas con el campo, con la memoria que se esconde detrás de cada rama: los árboles están ahí para cubrirte y hacerte compañía ¿por qué entonces has de matar al Niño y cómo no verlo en cada hierba, en cada flor y en cada paso que se oye sobre el puente? Cómo podría verlo sino claramente, cuando llego hasta el puente y es como si estuviese todavía allí, sobre el puente o dormido en la arena, en el castillo que tú mismo construiste, en el castillo de arena que oculta la alambrada detrás de la cual te encuentras tú y no sobre el puente sobre ese puente en que junto con la Abuela viste crecer las hojas en el sauce: cuando él tuvo otras hojas, ya

tú sabías, ya tú sentías que al atardecer estarías nuevamente sobre el puente donde gira la luz y el cuerpo callado se cierra con el viento: recuerdas ahora que sobre ese Puente todo era brillante, todo se estrenaba; la Abuela levantaba la mano y enseñaba el mundo. Los hombres de la ciudad se ven pequeños cuando ella los enseña, cuando ella y El Niño los empujan con la misma madera con que hacían las calles para que los hombres se amontonen o se alejen, igual que volteabas las cargas de los batallones y quedabas largo rato mirando el hormiguero en retirada como en los cuentos de guerras que echa La Abuela mientras se ríe mostrando las encías sin dientes, enseñando el hueco por donde salen galopando los caballos, jinetes y hormigas que regresan como tomadas por mitad del cuerpo en un camino por ferrada rueda, o a quienes el mismo Niño dejó mal heridos, medio muertos de certera pedrada y pugnan ahora en vano por huir, retorciendo el cuerpo en largos anillos, encendidos ahora los ojos del caballo que alza el cuello y silba mientras dilacerada la columna por tremendo golpe no puede recoger la carga y se doblega pero hace fuerza por llegar a la misma meta donde caballos, niños y hormigas se confunden y revuelven en encontrados giros, simulando un combate y unas veces huyen, otras embisten y otras, en fin, marchan juntos como si hubieran ajustado paces entretejiendo en sus juegos la fuga y la batalla, cuando ambos cansados, muertos de cansancio construyen castillos para así albergar toda esa ciudad que va naciendo del hueco de La Abuela: cabe el pueblo en su boca y las calles, los árboles y vacas que ya no se distinguen de los hombres: la propia Abuela es una vaca quieta que ya no hace otra cosa que espantarse las moscas mientras los niños corren en el campo abierto a la vista del hombre que cree descubrir de pronto ese mundo en la fotografía del campo abierto, inmenso, desolado, en la que una vaca permanece inmóvil junto al barranco que una vez fue río y tuvo un puente que fuera del tiempo arrastra sus despojos y dice todavía estoy vivo en esa luz que baja y lo confunde al arrastrar el perdido camino y la olvidada estrella que manchó su carne. Pero ¿quién ha-

bía manchado a quién y dónde el perdido camino, la extraviada inocencia con que ibas pequeñito y luminoso conversando con amapolas y angeles con los que nadie habla en medio de la ronda debajo de los árboles encerrados, fijos en la fotografía junto a la vaca que también corría de un lado a otro? Pobre, desnuda, dijérase que no escucha ni el canto del aire ni el secreto del heno como también parece no distinguir la vaca-Abuela lo que fue para él y queda triste y en el rastro de esa tristeza llega a la crueldad del tiempo que es más cruel: toda la expresión de la vaca habita en sus ojos y se pierde con un simple bajar de pestañas, como si nada hubiera en esos pelos ni en las estremidades, como si no hubiese en ella montaña o sequedad y todo quedase reducido a un simple cartón amarillento, organizado en formas calmas, permanentes, que se despedazan y caen al otro campo y quedan la yerba y el agua del que eres ahora, rumiando esa verdad que te hace sentir más pobre más carente sobre ese puente que cruje bajo el peso del hombre como si no pudiese contenerte más: ya cruje, ya se viene con pájaros y todo, con las conchas y algas que han crecido sin que tú sepas qué es lo que ha pasado: simplemente estás sentado y algo esperas, algo que lleve al puente o conduzca a otro, algo que venga con la luz y me empuje a la vida en esta ciudad distinta en la que ya no tienes en tus manos las patas del tucán ni el resto de ese vuelo que devuelve la segunda forma: dos formas, pues, entraron ante él, dos formas avanzando lentamente la una hacia la otra, sabías que chocarían, caerían y rápidamente habrían de esfumarse y eso, quizá, te permita observarlas mejor, pues mirando siempre en la misma dirección tal vez halles la clave: el tucán, el vuelo justamente delante de tí, cuando ya falta la mano y las piernas del Niño para cruzar un puente y salir afuera, al encuentro de otro amanecer y de otro kroc que empuja a compartir la nueva lluvia. Cae afuera y la gente va y viene sin detenerse en ningún punto. un hombre pasa, se detiene frente a las vidrieras: afuera existe un mundo inmune a toda mutación. Pero tú no: tampoco puedes conservar el equilibrio, tocar una hoja y no tocarla más, erguirte para

siempre y caminar por la calle sin que te importe el mundo que palpita afuera: estoy destinado a ir de un lado a otro, entre esta gente que apenas si saluda, apenas si miente o hace muecas: ¿estaría la solución en el silencio o en hallar a Kroc? ¿estará Kroc inmune a todo cambio? ¿No seré yo mismo, uno y muchos, ese personaje que ha de saltar al escenario cuando la puerta se abre y el viento lo sacuda y el otro cuerpo, el mío, me proyecte lejos como una concha que se ha desprendido, a la que sólo le queda morir en el zanjón como un guijarro más al que se le han arrancado las capas, los disfraces, hasta dejar la roca desnuda, convertido en un simple guijarro sobre el arenal?. Todas las muertes no son sino una muerte, pero yo quisiera ahora abrir las manos, verme las líneas y descubrir en ella la muerte última, dejar caer las fotos y permanecer aquí, frente a la calle, sin participar en nada, sin deseo ni rencor alguno, observando simplemente los autobuses repletos de gente: cerrar los ojos, sencillamente cerrarlos y morir hacia dentro (toda lluvia será de aquel que ha muerto frente a lo que busca: otros recorrerán por mí estas calles; mis hijos tal vez encuentren la quietud; mis hijos tocarán las hojas o alguien que no sea mi hijo dirá que no fui gota: soñamos que vivimos para qué) Si en este momento esto es verdad no tengo presente ni pasado alguno: he soltado toda la corteza y no quiero otra cuerda que me una con la vida. He concluido todo y eso es lo que explica mi confianza y es lo que me empuja a abrirme camino por entre la marea, por entre la calle apretada de cuerpos, de cuerpos que ignoran por qué van caminando aullando saludando a quien está ahí parado, recostado en el poste, casi sin respirar, casi muerto, como si el mismo poste o la torre le hubiera caído encima de repente para volverle a recordar que es necesario agarrarse a las paredes, con sigilo, pedir excusas a la vida, no tropezar con nadie sino con el cuerpo que comienza a andar y se abre camino entre los árboles que su memoria planta en medio de la calle mientras se adentra en la distancia: la vegetación se filtra en él desde lejos, voluptuosa de planos y hojas que se mueven mientras parpadea: vengo de un bosque y voy

para ese bosque en que de pronto cae en la misma calle otra vez la misma calle y los carros que pasan y parecen reírse los semáforos que no se ponen locos con la lluvia para que sea el caos en la ciudad la cola el triple choque y vengan los fiscales para no burlarme bajarme del auto y cagarme de risa viendo el auto vuelto mierda y yo que pensaba que era invulnerable como el Carro de Osiris. Absolutamente nada podría resquebrajarlo ni tan siquiera dilatarlo momentáneamente no retrocede un pie avanza en toda afirmación posible comiéndose semáforos sabiéndose de antemano incapaz de todo esfuerzo que lo lleve a esa otra latitud donde al menos la sombra la frescura del bosque y el tucán que realiza el tiempo de una casa de infancia ¿pero qué? hubiera acaso muerto de no llegar a ese instante en que el tucán golpea el parabrisas con sus plumas ansiosas entrelazadas a la lluvia, fina, mansa, que se devuelve cuando pasa el verde y sigue disparando a perderse hacia el sur de la ciudad cuando gorjea y él se detiene aturdido por el golpe en la caída ¡tucán pico quebrado! y él que pensaba que era simplemente el Carro de Osiris y podría correr a su antojo por la ciudad mojada: vendría el caos gota de lluvia contra el cristal, el pico, el ritmo deformado, el ritmo de sus alas deformado por una sirena y era entonces cuando tú más sorprendías: apenas si podías comprender que tu pie hubiese tocado el croche y que manejas ahora por la ciudad mojada, no importa que poseas (la imagen del tucán en el vidrio se lo impone) otras ropas y que lo que hayas hecho es dar vueltas y vueltas sin haberte movido de la silla, girar en sentido contrario o un poco más allá descubrir el tucán en el vidrio del auto: ¿infancia infancia es una sola imagen que encierra una gran carga de tantos y tantos tiempos marcados en la pluma que guarda en el bolsillo, cuando ya su vuelo se borra al pasar, ausentándolo de todo contacto con el otro mundo, con ese ancho río de aguas muy claras donde sol abre el rostro con agujas y las palmeras quedan de pronto sumidas, suspendidas en una somnolencia. y a cambio de ellas una ciudad que va muriendo para dar paso a un edificio, a un edificio: infancia, infancia es esa sola cosa?.

JOSE NAPOLEON OROPEZA.

